

Queda prohibida la reproducción de artículos publicados en LA VANGUARDIA sin indicar la procedencia.

CUADROS DE MADRID

FELIPE IV

Este rey decadente pulula por las salas del Prado como el efectivo señor del Museo. Se le vé en todas partes, en todas las formas, ahora joven ó niño, luego adulto y provecito. Se le vé á caballo y á pié, vestido para las batallas como para los torneos. Es el rey familiar y habitual del Prado, el rey cotidiano. ¡El rey vulgar!

Le vemos, pues, retratado de cien posturas, y no hallamos ocasión de dudar. Su carácter, su contextura espiritual y su miserable amasijo de decadencias saltan á nuestros ojos sin remedio. Ha tenido mala fortuna. Se ha servido, para el viaje gráfico de la posteridad, de un hombre funesto: Velázquez. El gran artista andaluz no sabe mentir; si acierta á encorvar su talle en frente de la magestad de su amo y señor, no logrará nunca infundir á su pincel aquellas palaciegas artimañas de la lisonja artística que hacen ilustre á un semblante idiota. La mano pulcra y magistral de Velázquez pone en el lienzo la verdad auténtica; tiene el artista, acaso, una inteligencia simple y una destreza manual insuperable; con otra alma complicada, la mano más diestra sabría corregir la realidad. Pero Velázquez sólo sabe pintar. Y así, cuantas veces arrostra la reproducción del talante monárquico, lo retrata lealmente como es. Y bien sabemos cómo es él: un hombre frívolo, á quien le pesan la vida y la corona. Le pesa la corona de España, todavía grande cuando cayó sobre su frente. ¡Esa corona sagrada, tan responsable y crítica, que ya, desde entonces, no ha de hallar la cabeza propicia en el curso del tiempo!

Esos ojos de párpados abultados podrán resistir la luz estremecedora de las batallas campales? Esa frente abultada é inexpresiva ¿será capaz de contener la pesadumbre de los destinos españoles? Y esa mano blanda que sabe acariciar el rostro de las actrices y la vanidad de los poetas, ¿es la mano que ha de retener con vigor las ligaduras de tantas naciones, Nápoles, Sicilia, Cerdeña, Milán, Flandes, Rosellón, Granada, Orán, Algarbes, Portugal, Méjico, Perú, las Indias de Oriente y las Occidentales?... De esa mano débil irán desprendiéndose las provincias una á una, como de la mano del niño y del marino.

En el rostro opaco, los bigotes trazan dos altas guías que simulan un gesto de suficiencia y de valor. ¿A quién, sin embargo, podrán intimidar? Richelieu no hace caso de tales mostachones puntiagudos; les ha perdido el miedo, y ladinamente arrebató al predio español tierras, prestigio é influencias. Las gentes de Europa tampoco hacen caso de los bigotes enhiestos de los españoles. Se les derrota ya con triste frecuencia. El León que antes era, resulta ser ahora un viejo leopardo.

Los bigotes ariscos del Rey Felipe IV resuélvense en una bravuconería. Ha empezado, sí, la era del fanfarrón. He ahí que los embajadores y los capitanes de España conservan el estímulo heredado, la idea de grandeza, la presunción de una nativa superioridad; sostienen el boato de sus abuelos, y piensan que el valor esencial de la estirpe les pertenece como un derecho de mayorazgo. Pero tienen demasiada confianza en las formas. Ignoran que el valor, entraña de la nobleza, no es como el pergamino, que se transmite de mano á mano; se han olvidado de continuar el hilo tenso de la voluntad antigua. Se sienten demasiado perezoosos. ¡Quisieran disfrutar de los afanes de sus antepasados, y de los tesoros que conquistaron sus abuelos! No puede ser. El prestigio y el mando necesitan un ojo vigilante y una voluntad jamás fatigada.

La nación ha llegado á ese momento crítico en que se trasluce la decadencia con hechos irremediables. La decadencia es correlativa de penuria. Y la peor penuria es la que se significa por una imposibilidad desesperante de producir genios. El genio virtual se ha concluido en España. No surgen ya el capitán ni el gobernante que puedan reactivar el paso moroso de la raza. Saltan los conflictos, pero no salta el hombre adecuado. Parece que la Fortuna pone á prueba á España y le incita á reponerse; le da continuas y numerosas ocasiones de despertar; le agobia con desastres y complicaciones; pero la raza no reacciona, no brota el hombre, no salta el genio. Convencida del hecho, la Fortuna abandona á España definitivamente. Ahí quedará, vacía como tambor sonante.

Suena, sí; resuena la oquedad española con giros jactanciosos. Ha llegado el momento de ser fanfarrones. Los ociosos de Madrid pensarán que el mundo es todavía suyo, y no se enterarán nunca enteramente de cuantas cosas circulan por el orbe. España, que antes corría el mundo y que se enteraba, desde ahora se oculta-

rá en Madrid, lejos de Europa. Empieza, pues, la era madrileña. Torneos, cañas, autos de fé, camarillas, favoritos; hidalgos, burócratas, cesantes, mendigos; chulos, toros, señoritos ignorantes... Madrid se ha consolidado.

Hasta Felipe IV ha sido Madrid una cosa indecisa. Aunque Felipe II pusiera su corte-

Vaba un carácter subalterno é impreciso.

La mente de Felipe II podía reposar en el paisaje de Madrid y pedir á los aires del Guadarrama el vigor que exigía su cuerpo flaqueante; pero su preocupación ampliaba á todo lo ancho de sus Estados y abarcaba los continentes. Era Madrid para el rey el sitio material donde se habitaba; su espíritu miraba al mundo.

Este otro rey mezquino carece de fuerza para mirar lejos. Se ha hecho madrileño... Es el primero de los reyes madrileños. ¡Cómo estima á Madrid! Le concede regalos y fiestas. Levanta conventos é iglesias. Planta jardines. Construye teatros. Organiza cosos y procesiones. Favorece los mentideros. Crea oficinas y empleos. Mima á las comediantas. Fomenta las camarillas. Se interesa por lo que dicen los escritores. ¡Madrid ha sido creado... Y es imposible que cerremos los ojos á la evidencia: Desde que Madrid adquiere personalidad, la Fortuna huye de España decididamente.

¿Qué será desde entonces la moral de las gentes? He ahí que, en una forma que intimida, se producirá un trastrueque angustioso; he ahí que se verificará en España una confusión absurda; se creará, por ejemplo, que los empleos son para los hombres, y no los hombres para los empleos.

¿Es preciso, pues, buscar otra causa para la explicación de las decadencias nacionales? La moral que sigue un curso ascendente reclama, para existir, la virtud del sacrificio. De esta manera, el hombre que aspira al bien de la colectividad pide el empleo por el cual pretende hacer más valioso su sacrificio. Si quiere ensalzar á la Iglesia, se dispondrá á toda suerte de injurias y penalidades, como un San Ignacio ó un San Francisco de Borja; si desea la gloria de su raza, llevará su espada siempre la primera, como un Gonzalo de Córdoba ó un Duque de Alba, y sabrá en último término morir pobre y retirado; si aspira á la fama de las letras, fraguará, como Cervantes, su libro genial en la pobreza y lejos de las mercedes. Después será todo lo contrario.

Un Conde-Duque de Olivares exigirá el gobierno para su lucro; los poetas se harán clérigos por la cuenta de las prebendas; el mismo rey pensará que la corona se hizo para su comodidad, y no él para la corona y para los vasallos.

Este sentido involucreado de la moral surge en España al mismo tiempo que se concreta Madrid. ¿Pero el mismo Madrid acaso no participa de este error? Madrid no es para la nación; es la nación para Madrid. Y comienzan á brotar los cargos, los empleos, las sinecuras. A este le regalán un título de virrey, al otro de embajador, al otro de almirante, al otro de alcaide, al otro de tesorero. Ya queda bien organizada la repartición de bienes. Las provincias son muchas, por fortuna. Hay regalos para numerosa gente. Madrid adquiere definitiva personalidad, y el problema de España se reduce á su mayor y más sabia sencillez.

Principia la era del verdadero funcionario. ¡Sabiduría de una administración vasta y ampuosa, en que los empleos se subdividen admirablemente á lo largo de razonadas categorías! Cada hombre tendrá un empleo,—los empleos no tendrán á sus hombres.—Algún día, marchando el tiempo, en el siglo XIX, verá el mundo, un poco perplejo, cómo en Madrid se fraguan revoluciones por la conquista y repartición de los empleos públicos.

No se puede mirar sin pena el retrato de Felipe IV cubierto de armadura y en trance de marchar á la batalla. Su rostro fofó está desmintiendo los arreos militares. ¿A qué batalla pensará acudir? ¿Qué proeza pretenderá consumir? En cuanto arrostre el empeño, una provincia se le caerá de las manos.

Vive ese rey de ficciones, y su pueblo está ya condenado á debatirse en el seno de una ilusión contumaz. Los españoles, desde ahora, se alimentarán con residuos. La gloria y el poder pasados gravitarán sobre el alma española como un fardo abrumador. El pasado, ostigando á España, le obligará á intentar grandes empresas, y cada empresa será un fracaso.

Esta era de la ilusión. La ilusión de creerse apto, no siéndolo realmente. Ilusión de creer que se puede. Pretender grandezas estando caído. Cuando se pierda una provincia, los cortesanos le dirán al rey que es más grande cuanto más le quitan á la manera de un pozo. El rey, sonriendo, agradecerá la lisonja, y el pueblo se sentirá también lisonjeado.

De la grandeza positiva ha quedado sólo la forma; la envoltura formal de la grandeza es la altivez, y son las palabras. Los españoles de Felipe IV se hacen fanfarrones y palabreros; á los que vuelven de Flandes no hay quien pueda soportarlos. Tampoco es fácil soportar esa literatura gongoriana, ni esos raptos métricos de Calderón. Todo se traduce en un gran espejismo. Espejismo de grandezas, hi-

pérbolo, literatura. Pero literatura de gabinete, que es el síntoma terrible de una decadencia.

JOSÉ M. SALAVERRÍA

Cotidianas

elemento, y por cierto muy valioso: la mujer. Las delicadas, las tímidas partidarias del sufragio en Inglaterra han formado un contingente respetable que marcha á los campos de batalla para prestar—por ahora—servicios auxiliares. Es muy posible, casi seguro, que después entrarán en fuego y se batirán como leonas, porque ¡caramba! si han demostrado los bríos que demostraron cuando se trataba de defender sus sentimientos políticos, más bríos tendrán seguramente cuando se trata de sus sentimientos patrióticos, porque yo supongo que la patria será para ellas algo más respetable, más sagrado que el voto.

Miguel Echegaray, en Gigantes y cabezudos hace cantar á las verduleras zaragozanas aquello de

«Si las mujeres mandasen en vez de mandar los hombres...»

Y aun siendo muchos y muy valientes en un día acababan con ellos con uñas y dientes.»

Yo no sé si las señoras y señoritas del sufragio inglés podrán acabar con sus enemigos en un día valiéndose de sus dientes y de sus uñas; pero no me cabe duda alguna de que son armas temibles; los dientes en la boca de una mujer, sobre todo si tiene buen apetito, y las uñas en las manos de una señora que quiera ensayar en los hombres sus instintos felinos, son armas peligrosas, muy peligrosas. Pero ¿serán eficaces contra los morteros de 42, contra los submarinos, los aeroplanos, las minas y todo ese delicadísimo mecanismo con que unos y otros beligerantes se hacen mutuas caricias? Lo dudo.

Por lo cual pienso que acaso al desengañarse las del sufragio de la eficacia de las uñas y de los dientes como armas ofensivas, se dedicarán á hacer conquistas entre los propios soldados ingleses, procurando llevar á algunos ante los altares y convirtiéndolos en campamentos en agencias de matrimonios.

Y creo que para muchas de ellas sería eso más práctico y más agradable que depositar sus preciosos votos en una urna electoral.

CAROLIN

ESPAÑOLES DE ANTAÑO

Dos cardenales del "Quattrocento"

III

Tiempos de prueba para el Pontificado y para Europa misma fueron los años en que vivió Carvajal, tiempos precursores de otros más azarosos todavía y más sangrientos, como que abarcaron desde el fin del cisma de Occidente hasta los primeros síntomas de la Reforma, y así pudo ser Carvajal uno de los más denodados campeones de la Iglesia en su lucha por la unidad y por la supremacía del Papa contra las tendencias cismáticas, siempre latentes, cuando no manifiestas, en los príncipes y las potestades seculares, y contra las herejías de wiclefistas y husitas, precursoras del protestantismo. Martín V, antecesor de aquel Eugenio IV que elevó á Carvajal á la dignidad cardenalicia, fué el primer Papa á quien reconoció toda Europa después de un cisma de medio siglo; pero la tendencia cismática no estaba muerta y amenazaba retoñar en los famosos concilios de Constanza y Basilea. En 1448, dos años después de haber sido nombrado cardenal, y como legado de Nicolás V, tuvo Carvajal la gloria de firmar, junto con el emperador Federico III de Alemania, el famoso «Concordato de Viena», que moralmente aniquiló el concilio de Basilea y dió el golpe mortal á los cismas.

Indudablemente, este debió constituir uno de los más grandes triunfos del diplomático español; pero la legación que le proporcionó más gloria y en la que puso de su parte Cavajal mayor esfuerzo personal, la más larga, la más dura y la que llegó á quebrantar su salud, fué la de Hungría. Espanta considerar la labor que llevó á cabo este «egregio príncipe de la Iglesia» en las veintidós legaciones y embajadas que desempeñó desde 1440, cuando sólo era Decanus Astoricem, hasta su muerte acaecida el 6 de Diciembre de 1469; labor formidable por lo dura é intensa, que si no pudo quebrantar las energías de su alma indomable, hizo mella en las de su cuerpo, por más que fueran de muy recio temple, ya que lo difícil de los viajes y los peligros y privaciones que suponían eran propias para abatir las fuerzas de la mocedad más robusta. Esa sola misión de Hungría consumió seis de los veintinueve años de su vida diplomática. Y de esta legación hablaremos más especialmente, pues se trata no ya de negocios principalmente eclesiásticos, sino de acontecimientos de carácter más universal, más conocidos y aún relacionados con una cuestión que tanto ha dado y está dando toda la que haber al mundo, como es la invasión de los turcos en la Europa oriental. A ello nos incita también la ocasión, que nos permite hablar del Papa español Calixto III.

Timbre de gloria para los Papas de aquella época es la de haber llevado á

cabo los mayores sacrificios para combatir la avalancha turca, que amenazaba á Europa y á la civilización cristiana, y de cuya gloria corresponde gran parte al intrépido Alfonso de Borja, en la serie de los Papas, Calixto III. Tampoco es posible dividir la parte que en ello toca á esa noble

Tiempos después títulos y derecho para

su influencia en los Balcanes pueblos y estados que cedieron sin combates ante el puje turco, estados que no eran todavía en el concierto europeo, estados que se aliaron y sostuvieron al Gran Turco en la lucha contra la libertad. Sin Hungría en Oriente y sin Occidente opuso un dique oleada que por esta parte vino, ocho siglos contra ella, indudablemente orgullosa y civilizada Europa detaría á la altura de Macedonia y ó de Túnez y Marruecos, y muy biera sido la suerte del mundo. Y libre de la espantosa calamidad, ficado romano lo debe especialmente Pontificado que no cesó de clamor unión de los estados cristianos en de su libertad y su civilización y ción con ascendente sobre los de su diplomacia, sus armas y su los pocos que se dispusieron á la cía. Griegos, búlgaros, rumanos habían sido vencidos ya y arrollados todavía húngaros y albaneses por la libertad propia y la agenciados y auxiliados por Roma, mientras todos los demás Estados de Europa trozaban entre sí y combatían; se burlaban de sus clamores, y tú ser, al cabo, España, la que desarrojar con sus solas fuerzas á los manes africanos al otro lado de puesta luego á la cabeza de la mada por la Santa Sede, diera al muerte al poderío naval turco, reado del Mediterráneo, en «la m ocasión que vieron los siglos».

Mientras aquel «magnánimo» como llama Palmieri á Calixto III exclusivamente entregado á su combatir al enemigo común, con tensidad y entusiasmo que consistía en una obsesión y le impedía parates en que á su sombra se desahipotismo más abominable, las europeas se consumían en chuchas y bajas rivalidades, le daban á los príncipes con falsas promesas daban á sus enemigos, amparados días, le amenazaban con cismas llos y algunas, como Venecia, no tener pingües ganancias en sus tratos con los turcos. La conmovedora la situación de Europa no indomable que no concedía sino para tratar de la «cuestión de los y si no era para esto las terminaba apenas comenza de decir: «Sólo los cobardes peligro; sólo en el campo de batalla cruzan las palmas de la gloria»; se privaba de su propia vajilla y de los objetos de su uso y estaba «dispuesto por el mismo fin á contentarse con una mitra de lino». Al ver un día su mesa lujosamente puesta, exclamó indignado: «¡Fuera fuera! Vaya todo eso para la guerra contra los turcos; á mí me sirven los mismos platos de barro». Pero, como decía Silvio Piccolomini, que fué también después Papa (Pío II) y padeció más que Calixto III por esta misma causa: «El Papa pide auxilio y no es escuchado; amenaza y no es oído».

La vergonzosa caída de Constantino en poder de los turcos causó estupefacción y espanto en toda Europa; pero solamente el Pontificado romano comprendió la importancia trascendencia de tal acontecimiento. Calixto III publicó una Bula de Cruzada, dirigió su voz viril á los príncipes, envió legados á todos los países de la cristiandad—Juan de Carvajal fué á Alemania, Hungría y Polonia—instituyó diezmos é hizo predicar la Cruzada en toda Europa; vendió las alhajas que se guardaban en el Tesoro Pontificio y hasta bienes de la Iglesia... Pastor nos da un dato curiosísimo: «Todavía se conserva la prolija lista de vasos de oro y plata que en 156 compró el rey Alfonso de Nápoles (V de Aragón), entendido en estos objetos de arte, en la cual se hace mención de ánforas doradas, copas, un refrigerador de plata, un servicio de mesa para condituras y también de un tabernáculo y paces».

El dato es elocuente y pinta no sólo el carácter de los dos personajes, sino la índole de los dos poderes: Calixto III, encendido de fe, vendiendo cuanto tenía para libertar de la barbarie á Europa y el monarca deseal comprando esos objetos para su personal placer: el Papado mirando lejos y desde altas cumbres á la humanidad entera; la monarquía, en país conquistado, atenta á su particular política; la institución eterna y sabia, abarcando las cosas y los sucesos en toda su trascendencia, no atenta á la política de interés de un pueblo solo, sino de todos los pueblos; la institución pasajera y mudable viéndolos desde el bajo nivel de su codicia y de su provecho inmediato.

Y todos los príncipes y repúblicas de Europa fueron entonces, sobre poco más ó menos, como Alfonso V de Aragón. Calixto III puso sus esperanzas en él y en Felipe, duque de Borgoña, quienes, para contentarle, le engañaron armándose cru-